

Cuerpo, género y nación en jóvenes: modos de la distinción

Lic. Sebastián Fuentes

CIC-UNTREF

sebasfuentes@hotmail.com

Introducción

Los primeros acercamientos que nos llevaron a problematizar la producción social del cuerpo, partieron de un interés en mi práctica docente en una escuela secundaria de gestión privada católica, cuyos jóvenes y familias gozan de un capital económico que les permite costear un colegio privado sin subvención estatal, con cierta *tradición*¹, ubicado en la localidad de Bella Vista, partido de San Miguel, en el Gran Buenos Aires.

A lo largo de los años observaba la persistencia de una similitud entre los cuerpos de padres e hijos, madres e hijas. En el caso de los jóvenes cuerpos formados, trabajados, y modos de moverse compartidos. En el caso de las jóvenes, cuerpos turgentes, tensionados, andar firme, largas y cuidadas cabelleras, compartido por madres e hijas. Fue esa primera intuición la que nos condujo a indagar sistemáticamente sobre esta categoría y sus posibles articulaciones, interrelaciones, oposiciones, etc. Lejos de intentar hacer de esta primera empiria una teoría social sobre la reproducción cultural de los cuerpos, seguimos la fundamentación de Bourdieu:

“la captación intuitiva (...) de la unidad inmediatamente perceptible de una situación, de un estilo de vida o de una manera de ser, conduce a indagar en sus relaciones significantes, propiedades y relaciones que no se presentan sino sucesivamente en el trabajo analítico, constituye una protección contra la atomización del objeto que resulta, por ejemplo, de recurrir a indicadores incapaces de objetivar las manifestaciones de una actitud o de un ethos sin fragmentarlas” (2008: 91).

Desde este marco es que hemos intentado reconstruir las interrelaciones que las observaciones sobre los cuerpos jóvenes motivaron en un principio. Este objeto concreto: cuerpos

¹ El colegio, si bien se considera, en el campo de la educación católica de la región, como una escuela católica más abierta y no dogmática (Fuentes, 2010b), moviliza también su antigüedad (casi 80 años) en la localidad de Bella Vista como capital específico de la misma.

jóvenes, nos permite adentrarnos en una configuración social singular, la de jóvenes que pertenecen a un sector social que goza de una posición de clase con cierta *distinción*².

Estas observaciones fueron conectadas con otra: al interior de esta escuela, un grupo social se *hacía sentir*: se nombraban a sí mismos, compartían códigos y conocidos, hablaban de los mismos temas, sus familias eran conocidas por sus prácticas religiosas, y, sobre todo, su nombre aparecía con frecuencia, como un emblema movilizador: “CUBA”. Cercano a la localidad de Bella Vista, se encuentra la localidad de Villa de Mayo, en el partido de Malvinas Argentinas. Allí, desde hace más de 60 años, se encuentra ubicado un barrio cerrado perteneciente al Club Universitario de Buenos Aires, CUBA, club fundado en 1918 por un grupo de jóvenes universitarios. Desde hace décadas, jóvenes de esta sede del club son enviados a esta escuela (y a algunas otras de la región) ya que el mismo no cuenta con infraestructura educativa propia. Si bien estos jóvenes “cubanos” -como se denominan a sí mismos- no se encuentran aislados de los jóvenes de la escuela que no pertenecen al mismo, conforman un grupo social con una fuerte presencia al interior de la misma. Y el club³, particularmente, cuenta con una importante *tradición* y defensa del rugby masculino amateur como deporte insignia.

Estas dos “intuiciones” me permitieron ir construyendo una serie de interrelaciones a analizar, cuyo referente empírico está constituido por jóvenes de la escuela y de CUBA, sus familias y docentes de la misma escuela. A lo largo de este breve trabajo hemos producido una diversidad de descripciones con distinto “tono”. Por un lado, un relato cargado de detalles –los mismos que hemos reconstruido a partir del registro de observaciones participantes-. Por el otro una primera descripción sobre los marcadores de género que hemos podido analizar. Finalmente, el registro de dos entrevistas inesperadas durante una observación nos permite introducir algunos elementos para analizar la *clase* y los cuerpos⁴.

La intensidad en un espacio: anatomopolítica de un entrenamiento de rugby masculino

² Si bien seguimos marcos teóricos de referentes como Bourdieu, Foucault, Elias, Dunning, nuestro propósito no es discutir sus categorías. El propósito de este breve artículo es producir una descripción densa, al decir de Geertz (1987) de las propiedades sociales de estos jóvenes y familias, registradas en esta investigación en curso.

³ En adelante cuando hablemos de Club nos referimos a CUBA.

⁴ El corpus de análisis lo conforman los textos de las entrevistas realizadas a los mismos, los registros de las observaciones participantes realizadas en entrenamientos, así como documentación institucional del Club.

Un espacio, un juego, un grupo social delimitan y producen un yo, y ése es el objetivo de este apartado. Describir la producción en el deporte –un dispositivo socializador- de un yo masculino:

el carácter del yo como producto social no se limita a la configuración particular que el individuo identifica como él mismo (por ejemplo // como “hombre” de la manera particular con que esta identidad se define y se forma en la cultura en cuestión) sino al amplio equipo psicológico que sirve de apéndice a la configuración particular (por ejemplo, emociones, actitudes y aún reacciones somáticas, varoniles (Berger y Luckman, 2008:68-69).

A lo largo de las observaciones participantes realizadas durante entrenamientos de rugby “infantil”⁵ pudimos ir obteniendo y explicitando los modos en que las prácticas y los discursos se articulan entre el detalle sobre cada cuerpo y la familiaridad con que los cuerpos se contactan en el espacio. En los textos de las desgrabaciones y anotaciones realizadas durante las observaciones participantes llama la atención la cantidad y la puntualidad de los discursos producidos sobre los cuerpos de los jóvenes. Debo remarcar, aún así, la impresión persistente del clima que se generaba en los entrenamientos y/o partidos: informalidad, familiaridad e improvisación en el modo de organizarse, sobre todo de los entrenadores. Es decir, en un clima de *camaradería* – palabra usada por casi todos los entrevistados, sean de CUBA, del colegio, del Club Regatas- como propiedad, como característica del “espíritu” del rugby, aparecían indicaciones precisas sobre lo que debían ser realizado. Los grupos se arman de acuerdo a los jóvenes que asistan y a la cantidad de entrenadores. Los entrenadores, a su vez, son padres de jóvenes que entrenan en esa o en otra división. Se van poniendo de acuerdo sobre qué hacer ese día. Todo bajo la coordinación, que parece siempre improvisada, de un reconocido ex-jugador del Club, José Mersens⁶. Su familia fue una de las primeras en residir en el barrio CUBA de Villa de Mayo, sus hermanos están o estuvieron en la comisión directiva y todos lo reconocen, padres y entrenadores, por su “carisma”. En las conversaciones que se dan entre los padres que están alrededor de la cancha de rugby hay una familiaridad que los lleva a hablar del “orden” que tiene tal o cual equipo. Uno de los entrenadores, en el medio del partido, saca un habano y empieza a fumar. Un padre habla por teléfono para solucionar un problema que surgió en su empresa.

⁵ La mayoría de las observaciones se realizaron a partir de la facilidad en el acceso a los entrenamientos de rugby masculino a través de algunos contactos. Más precisamente en una división de rugby masculino infantil del Club Cuba, cuyos jóvenes tienen alrededor de 12 años.

⁶ Hemos cambiado los nombres de todos nuestros entrevistados/as.

La situación de entrenamiento pareciera llenar al campo, la cancha de rugby, de discursos que provienen de padres, entrenadores y padres-entrenadores. Las instrucciones se repiten y son intensivas: hacen referencia a un individuo por vez, en una situación particular. Los discursos registrados, en formas de indicaciones, órdenes, consejos, quejas, exclamaciones son expresados por los entrenadores y los padres hacia lo que sus hijos están haciendo. En un principio son instrucciones, indicaciones. Un padre a su hijo durante un partido: “Nacho, toma la pelota en velocidad”. En el rugby la pelota se lleva con la mano, y con ella se realizan los pases. “ponele el hombre en la panza”, “tackle abajo”. El tackle ocurre cuando un jugador que porta la pelota es agarrado por uno o más jugadores del otro equipo y derribado. Es uno de los modos de frenar el avance del equipo contrario. Una vez que el jugador tackleado queda en el piso, debe dejar la pelota para que otro jugador la tome y continúe el juego. El discurso sigue con una carga moral: “Tenés que hacer un sacrificio extra”. “No digan pasámela; más apoyo”, le grita un entrenador a su equipo mientras juegan un partido.

Ahora las indicaciones se dirigen al grupo “Adelante, adelante”. “Apoyen ahí”. El discurso se transforma y aparecen ulteriores explicaciones “Un buen tackle es con el hombro en el abdomen del otro” y “abrazando y cerrando sus piernas para que caiga”. Es evidentemente una disciplina puesta sobre los cuerpos al nivel de detalle, con una circulación constante de discursos que buscan preparar, configurar el cuerpo de estos jóvenes con una serie de indicaciones minuciosas. Son discursos que apelan a una anatomía corporal que requiere ser producida: dónde y cómo realizar un tackle, qué es necesario mover y articular para lograrlo, cuándo realizarlo en un partido, cómo tomar la pelota. Discursos constantes que describen los encuentros entre los cuerpos, prescriben sus movimientos correctos, previenen choques violentos.

Durante un partido de la misma división donde CUBA enfrenta a BACRC (Buenos Aires Cricket and Rugby Club) un joven entrenador de este club le grita a sus jugadores: “no sienten en las piernas un sábado a la mañana que quieren jugar”. Luego de eso les plantea una competencia para ver quién pasa más rucks. El ruck acontece cuando dos o más jugadores de los dos equipos se enfrentan, de pie y en contacto físico, y se agrupan alrededor de la pelota que yace en el piso. Mientras cada equipo empuja en direcciones contrarias, intentan avanzar sobre la pelota y patearla hacia su lado. Este momento del juego del rugby se visibiliza, más allá de su ocurrencia, en cada situación del juego. El movimiento de los jugadores que, más allá del ruck o del scrum en sí, los entrenadores intentan enseñar podría ser descripto de la siguiente manera: siempre que dos

jugadores de equipos contrarios se enfrentan, otros compañeros de equipo aparecen desde atrás para reforzar esa formación, esa contienda. Dos individuos se enfrentan pero, corporalmente aparece automáticamente el apoyo del resto del equipo que empuja para recuperar o resguardar el balón. A su vez, cuando un jugador que lleva la pelota cae al piso, mientras la deja en el piso, su equipo realiza una formación encima de él de tal manera que queda protegido.

Unos minutos después, un entrenador, llamándolos, incitándolos les grita “¿Quieren jugar?, ¿quieren jugar bien?”. Mueve los brazos, alza la pelota ovalada, la “guinda”. Se puede leer aquí una anatomía emocionalmente cargada: la apelación a “sentir en las piernas” la emoción de jugar, de correr. Para movilizar, entusiasmar, comprometer con el juego se apela a una discursividad que moviliza al mismo cuerpo, lo carga de sentido. La misma intencionalidad de ese discurso plantea una ineludible identificación: ese sentimiento *debe* ser sentido, es lo que da identidad al jugador de rugby. Una identidad que fue y es recreada constantemente y que asocia un deporte, el rugby a un tipo de socialización: el Club CUBA.

El acta fundacional del Club CUBA declara como intención de la institución, complementar los estudios universitarios: “Prestando especial atención a los ejercicios físicos que, al acrecentar las energías materiales del individuo propenden eficazmente a la necesaria armonía de los factores constituyentes del ser”⁷. Discurso biologicista presente en la justificación de la práctica deportiva, definiendo al mismo tiempo al “hombre”. El acto y acta fundacional acontece en un “laboratorio” propiedad de dos de los fundadores del Club, muchos de los cuales eran estudiantes de Medicina. Discurso explícito que regula al cuerpo, lo ubica (ineludiblemente, de modo “necesario”) en el terreno de la armonía. ¿Cuál es el sentido de los “ejercicios físicos” entonces?⁸. Producir un tipo de cuerpo armonioso, energizado, bien constituido. Anatomía política del individuo, al decir de Foucault (1987). De un individuo cuyo lazo el club se asegura por estos mecanismos de socialización. CUBA es un club cuya característica y requisito es ser universitario. Una vez finalizada la carrera universitaria, cada uno se dedica a su actividad profesional. La misma, según el discurso fundacional del club –que hallamos en todos nuestros entrevistados socios de CUBA- es que la dedicación a la “actividad profesional” no debe implicar

⁷ Acta Fundacional extraída de <http://www.cuba.org.ar/institucional/index.php> acceso 11/10/2009.

⁸ Llama la atención de todos modos, como veremos más adelante, que el rugby no fue un deporte en el cual los socios fundadores de CUBA tuvieran mucha experiencia. Al contrario, sus primeros años de vida son el relato acerca de cómo el rugby sea un deporte institucional para lo cual desarrollan diversas estrategias (como atraer a jugadores de rugby experimentados de otros clubes).

que se olvide de los demás, que aquí es la “gran familia universitaria y de la sociedad misma”.⁹ Un individuo producido en cuanto tal y no opuesto sino intrínsecamente ligado por “solidaridad” al grupo, a los amigos, a los camaradas y consocios. Una gran familia que se hace presente en cada entrenamiento: alrededor de la cancha de rugby se va constituyendo una suerte de círculo familiar: los padres hablan por teléfono, hablan entre ellos, se conocen, se preguntan por los parientes y compañeros de trabajo, vuelven a mirar el partido, realizan alguna indicación o comentario, algunos les indican a sus hijos cómo moverse o los alientan.

Dos diferencias corporales se destacan en los registros, y se producen en cuanto diferencias: en los discursos de los entrenadores, en sus estrategias y “estilos” de juego: el “petiso” y el “gordo”.

Al chico más gordo de CUBA un entrenador le dice “mirá Joaco, no te enojés, pero vos sos pesado, cuando vos arrancás el otro ya te sacó tres metros, tenés que anticiparte al otro”. Corre en todo momento un discurso sobre las diferencias corporales, diferencias producidas en el mismo juego por estos discursos y “recomendaciones”. El joven recibe esa indicación asintiendo. “El gordo va mejorando”, “hay que agarrarlo solo y machacarle las cosas que tiene que mejorar” (un entrenador le dice al otro, sobre el mismo joven gordo). En una misma superficie se van inscribiendo discurso, emplazamiento corporal –se lo ubica en una posición definida, los gordos o robustos son necesarios en un equipo de rugby- y dispositivos -hablar solo con él, “machacarle”- que no lo dejan fuera: antes bien es la manera de producir la diferencia. Todos los equipos de rugby observados tienen su “gordo” y así es nombrado por entrenadores y padres. El cuerpo que llama la atención tiene su productividad: la diferencia corporal es remarcada y ubicada a los fines del juego.

Un sábado, al llegar al Anexo de CUBA, predio con numerosas canchas de rugby donde se realizan los entrenamientos, un grupo de “infantiles” de 13-14 años ya están realizando su pre-calentamiento. Como siempre, el entrenador en el centro y los jóvenes a su alrededor. El entrenador da una instrucción para que estiren la cabeza hacia adelante diciendo “que les duela”. Unos minutos más tarde, frente a un tackle, otro entrenador dice: “mirá, hasta le dolió, perfecto”.

Durante un partido amistoso, a un joven de CUBA le sangra la nariz. Le muestra a su entrenador, éste le dice “ya terminamos, salí”. Un padre le pregunta “¿estás bien?”, el entrenador se adelanta y responde por él “sí, solo sangre en la nariz”. El joven espera a un lado, con un

algodón que frena el sangrado para volver a ingresar al juego un rato después. Unos momentos después, otro jugador de CUBA se lesiona la rodilla y le sangra. José, el entrenador jefe, obtura la lesión y la situación: “no es nada, que se tire agua allí” le explica al padre ayudante. Una masculinidad es forjada al calor de las lesiones. Todos los discursos las cierran. Los jóvenes no lloran, muestran su herida, producidas en cada partido o entrenamiento y allí permanecen. El dolor es indicador de la pertinencia del entrenamiento o la efectividad de la jugada. No es el fin, no es lo buscado. Ineludiblemente aparecen dolor y lesión: el discurso lo gestiona, lo modula en una masculinidad magullada y formada en el grupo.

La separación de los espacios, o cómo se aprende la jerarquía

En aquella compilación de estudios y conferencias que Margaret Mead publicó en 1948 como *Macho y Hembra*, había una intención clara de la autora en plantear una serie de análisis cuyos referentes empíricos lo constituían las diversas comunidades en las que había realizado su trabajo de campo a lo largo de su carrera hasta la fecha. Mead produce una serie de reflexiones sobre el cuerpo, las sociedades y la diferencia entre los sexos. Plantea, frente a discusiones del sentido común, debates y posibles modificaciones educativas, cómo las diferencias corporales constituyen una base sobre la cual se constituye “todo nuestro conocimiento acerca de nuestro sexo y de nuestra relación con el otro sexo” (1972: 14). El cuerpo y nuestro conocimiento sobre el mismo aparece en los discursos como diacrítico, como elemento marcador de diferencia. Más allá de Mead, planteamos que los cuerpos son moldeados, son producidos social y culturalmente. “Dentro de una misma comunidad social, todas las manifestaciones corporales de un actor son virtualmente significantes para sus miembros. Únicamente tienen sentido en relación con el conjunto de los datos de la simbólica propia del grupo social. No existe nada natural en un gesto o en una sensación” (Le Breton, 2002:9). Es decir, el cuerpo es una producción social, lo cual no implica que no haya una relación particular y un modo de percibirse a sí mismo en cada sujeto. Una característica de nuestra sociedad es que la subjetividad es construida como tecnologías del yo, al decir de Foucault, un modo de reconocerse como “yo mismo” en cuanto sujeto (1990).

Nuestro interés en los modos en que las diferencias corporales son producidas en jóvenes de sectores medios-altos se inscribe en el intento de describir densamente cómo es que producen modos legítimos de ser joven. Si consideramos que edad y sexo son los grandes clasificadores de

todas las sociedades, nuestro interés aquí es analizar los modos naturalizados y hegemónicos de ser joven¹⁰.

Como hemos planteado en otro artículo (Fuentes, 2010a) los jóvenes del Club CUBA forman parte de una institución fundada por jóvenes universitarios. Si tenemos en cuenta que para 1918 las universidades reunían 8.634 inscriptos (Cano, 1982) podemos decir que claramente los jóvenes fundadores de CUBA pertenecían a los sectores sociales que ya desde entonces podían producir una juventud como etapa de vida distintiva y de “moratoria social”, “privilegio para ciertos jóvenes (...) que pueden dedicar un período de tiempo al estudio postergando exigencias vinculadas con un ingreso pleno a la madurez social” (Margulis y Urresti, 1998:4). Nuestros jóvenes entrevistados, así como sus familiares y docentes, pertenecientes a CUBA o residentes de la localidad de Bella Vista, son jóvenes cuyos padres y abuelos han cursado estudios universitarios. Allí la juventud universitaria es un atributo reproducido desde hace varias generaciones, dado, entre otros motivos por condiciones económicas que posibilitan la postergación del ingreso a la vida económica, y aún más diferencialmente, por la portación de un estatus y de un emblema. La pertenencia a este Club lleva en su nombre y como pilar, la condición masculina y universitaria como requisito para ser y permanecer como socio. Los jóvenes de CUBA son jóvenes en primer término, masculinos. Son “hombres” y esta propiedad está dada desde un discurso jurídico al interior del Club. CUBA es un club de y para varones. Son ellos los socios. Las mujeres -hijas o esposas- son socias adherentes. La constatación de esta primera diferencia “en base a los sexos” se produjo por voz de nuestras entrevistadas jóvenes y a través de observaciones realizadas en la sede central del Club, ubicado en la calle Viamonte de la Ciudad de Buenos Aires, cercano al Palacio de Tribunales. Es allí donde –salvo a la biblioteca– sólo pueden ingresar hombres. La diferencia de género es una diferencia producida espacialmente –accesos diferenciados y jerarquizados– y al mismo tiempo legal e institucionalmente. Las mujeres no pueden formar parte de la comisión directiva, ni votar. Es algo que “aprendés desde chiquito, te lo inculcan desde chico” nos decía una joven entrevistada de 19 años, socia adherente del Club. Ser de CUBA (socio) es una constitución y una pertenencia de primer grado masculina. Cuando esto es replanteado a nuestras entrevistadas jóvenes, en la interacción aparece con ironía:

¹⁰ Teniendo en cuenta que la juventud es, en nuestras sociedades, un emblema o significante, que, en algunos casos está asociada a una serie de “valores” (Belleza, despreocupación, libertad, a la moda, etc.) nos resulta particularmente interesante realizar esta descripción teniendo en cuenta el fenómeno que en la sociología y antropología de la juventud se plantea como juventud paradigmática o juventud-signo (Margulis y Urresti, 6)

“es un club machista” y a continuación una justificación realizada en un tono serio: “es una de las bases del club, son los pilares del club”.

El sexo es algo que se aprende. “siguiendo todos los pasos por medio de los cuales sus hijos aprenden a qué sector sexual pertenecen, podemos obtener alguna indicación respecto al proceso de aprender a ser macho o de aprender a ser hembra” (Mead:15) Los cuerpos masculinos de CUBA son cuerpos con acceso irrestricto. El sexo demarca posibilidad jurídica y espacial. O lo jurídico produce una jerarquía definida. Las dudas y los desacuerdos en una entrevista grupal a dos hermanas muestra los alcances de esta restricción

Entrevistador: ¿y eso sucede en alguna otra sede o es solamente en esa? En cuanto al acceso digo.

Belén: el quincho de nuestro club

Felicitas: ¿cuál?

B: no lo tengo muy claro, el quincho nuevo

F: no, el quincho nuevo no ¿eh?, no, si nosotros tenemos acceso ahí, si yo fui la semana pasada.

No, solamente en Viamonte no se puede entrar mujeres, después lo que sí la mayoría de las actividades del club están abocadas a los hombres, qué se yo, bueno, cuando yo jugaba al hockey era siempre la dicotomía dar plata para el rugby o para el hockey, siempre el hockey está tirado para atrás (risas)

La claridad de la norma produce también dudas, consecuencias, que reproducen una clara jerarquización que se aprende, se ejercita, se pone de manifiesto ante un nuevo acontecimiento – como la construcción de un nuevo quincho- y se inscribe en jerarquizaciones anteriores: primero el rugby –masculino-, luego el hockey –femenino. Una *dicotomía* jerarquizada. Una de nuestras entrevistadas, una joven de 21 años egresada de un colegio privado de Bella Vista y residente en el barrio de Villa de Mayo del Club, comparte su sorpresa incorporada: “hasta los tipos que trabajan son varones ¿viste?”. Si bien en la misma sede algunas mujeres trabajan en la Biblioteca, el resto del personal es “varón, tremendo, pero bueno, son como los pilares del club y es así / de hecho nosotras no somos tampoco socias, somos adherentes”.

La norma ocasiona en mis entrevistadas respuestas cargadas de ironía, risas, comparten lo “llamativo” de la norma del Club. Luego de estas primeras reacciones, dejan de sonreírse y con seriedad plantean: “y son como las bases del club, son como las bases de la constitución, no van a mover eso, entonces esto de los varones y las mujeres también tiene que ver un poco con eso”. Es la misma joven hija de un abogado, estudiante de derecho en la UBA quien nos plantea con una analogía jurídica el modo en que se concibe la diferencia. Es decir, es una diferencia aceptada, que debe ser aceptada en cuanto se constituye en un dispositivo de base, en una condición de

posibilidad para ser lo que se es: miembro –adherente en su caso- de CUBA. Es algo incorporado “uno lo sabe desde el principio. Si tenés beneficios también tenés que aceptar esa parte de [restricción]”. Ser “cubano” trae beneficios y límites: éstos son aceptados si son producidos como dispositivos legales/institucional. Una característica del Club dispuesta discursivamente desde su fundación: el uso de un discurso jurídico como modo de posicionamiento (Fuentes, 2010a)

Un club se constituye jurídicamente como club masculino. Se conforma sobre la práctica deportiva, específicamente en el rugby masculino. Genera espacios que producen un aprendizaje sobre la jerarquía, diferencia de poder de género. Amplía las posibilidades deportivas para la participación de las mujeres, pero en una clara jerarquía.

Una joven residente de Bella Vista, egresada del mismo colegio, y socia del Club Regatas de la misma localidad, nos amplía el panorama para comprender el marcador de género:

no en cuba el tema del hockey está re apartado ... igual en regatas también regatas viste los clubes que surgen así como clubes de rugby y después se integra el hockey (...) femenino es más difícil que tengan hockey masculino. Ya está establecido así y mismo los de rugby que son los que dominan el club ((sonríe)) no caen. (...) igual no deja de ser un club más machista que le presta más atención al rugby o primero se cubren las necesidades del rugby

De alguna manera estas jerarquías son producidas por la conjunción de elementos jurídicos, la asunción de “herencias” históricas o fundacionales, la separación en la práctica deportiva por sexos, y la constitución de un grupo social con la lógica de Club.

Las diferencias: mujeres al fútbol, hombres al rugby

Las posibilidades de acceso –característica de un club, y de la lógica privada, que permite seleccionar quienes acceden y quiénes no- se extienden más allá del marcador de género/sexo. El club genera una serie de priorizaciones y jerarquizaciones que los jóvenes no “cubanos” ven como “sectarios” o “muchas cosas no las entienden como que para mí yo ese día no existo como que estoy metida en el club”. Algunas actividades son exclusivas de los socios del club, y el “no poder entrar” marca una posible circulación de cuerpos, que produce una valoración moral del joven cubano “la gente no podía entrar y no podía y no entendía, y como que mucha gente al no entender se..., pero también no sé por qué dicen que somos creídos”. Entre ellos comparten misas, celebración, fundaciones de beneficencia y de inspiración católica, eventos donde se encuentra “toda la familia de CUBA”. Una docente de la escuela donde concurren parte de los y

las jóvenes “cubanos/as” nos decía al finalizar una entrevista: “y qué querés que te diga: son clasistas”. El reflejo en el discurso: ser vistos como “creídos”.

Desde hace pocos años, un incipiente grupo de jóvenes mujeres de CUBA practican fútbol femenino. Mi sorpresa surgió al encontrarme con que muchas jóvenes que gustan y practican hockey, llegada a cierta edad y frente los requerimientos de los entrenamientos, se “relajan” y deciden practicar un deporte tradicionalmente masculino y ubicado como *popular* por las familias de CUBA. Lo que llama la atención aquí es cómo se demarcan las oposiciones: este grupo de mujeres no practican rugby femenino, sino fútbol femenino. Aunque es una práctica avalada por la International Rugby Board y en Buenos Aires, por la Unión de Rugby de Buenos Aires – URBA-¹¹, las jóvenes de CUBA eligen como deporte alternativo, relajado, “divertido”, según sus palabras, la práctica del fútbol femenino. Frente a los requerimientos de asistencia a los entrenamientos de hockey para “tomárselo en serio”, eligen un deporte que, si bien está presente en CUBA, no es el deporte hegemónicamente masculino. Una de ellas refería en la entrevista no estar de acuerdo con el fútbol femenino. Las que sí lo practican lo ubican como una moda, como algo que se extiende en el *sector social*, pero que no está avalado institucionalmente por el Club. Para las jóvenes es una manera de continuar los “vínculos que te da el deporte” con una práctica deportiva más relajada.

Pero el rugby masculino es *diferente*. En el discurso de jóvenes, padres, madres, el rugby es nombrado diferenciándolo del fútbol. “el rugby (...) se toma más en serio que el fútbol, en fútbol vas a jugar un picadito y... salvo que te dediques al fútbol, en cambio como que en rugby vas dos o tres veces a la semana, y vas al gimnasio y entrenás”. Esta joven de CUBA nos explicaba cuál es la “carga social” del rugby masculino: “abarca más generaciones”; moviliza todo un cuerpo en este sector social: “vas con tu papá y con tu abuelo a ver el partido de rugby, el partido de CUBA de ese sábado”. Se moviliza la familia, se encuentran los amigos y amigas, se hace tribuna, estamos “todos en el club”. Se define el terreno de un “nosotros” en cuanto totalidad, extensión de lo familiar, cuerpo social que integra las diferencias generacionales: “une generaciones pero a la vez une a toda la familia. Como que el rugby es más importante en ese

¹¹ En Buenos Aires son tres los clubes que cuentan con equipos de rugby femenino: GEI, Centro Naval y Club Ciudad de Buenos Aires. <http://www.urba.org.ar/noticias/noticias/nota/33/Triangular-de-Rugby-Femenino-en-Muni-> Acceso 03/10/2010

sentido”. Aquí la comparación está hecha en función no sólo del fútbol masculino, sino también del hockey femenino. Esa es la movilización que produce en el cuerpo social.

El apelativo a la unión funciona como dispositivo al interior de las posibles alternativas. Las jóvenes que practican fútbol femenino lo hacen por “los valores que te brinda el deporte en sí, de jugar en equipo, porque es como entablás mejores vínculos (...) como que hay una unión diferente”. Unión y diferencia *de* son claves para entender cómo son ubicados en el discurso, en primer lugar el rugby masculino. Luego el resto de los deportes del Club. Hacia “arriba” también funciona. Cuando CUBA enfrenta a otros clubes “también ahí se da como que el ámbito de rugby en general y ahí se une todo mucho más”.

Mientras estas jóvenes eligen practicar por su cuenta fútbol femenino, tanto ellas como padres, entrenadores y otros jóvenes insisten en ubicar –en el campo de los deportes- al rugby como contrapartida del fútbol. Mientras observo un partido de rugby “infantil”, veo cómo un joven jugador hace un try (anotación) gracias a la jugada de un compañero que pateo la pelota hacia adelante. Una de las características del juego del rugby es que los pases se hacen con la mano y hacia atrás. Se permite arrojar la pelota hacia adelante sólo con el pie, para que otro jugador, o el mismo que pateó, pueda tomarla más avanzado en el campo de juego. Frente a esta situación, uno de los entrenadores grita: “bien pero me hubiera gustado más con la mano”. El entrenador jefe, José Mersens completa con una sonrisa “es futbolero el pibe”. La intensidad del entrenamiento produce constantemente un deporte *diferente de*. No es fútbol ni debe serlo. Es la práctica deportiva que los niños traen incorporada, y debe ser suplida con una anatomía política del detalle. Es la práctica deportiva que, alternativa y des-institucionalizadamente juegan las mujeres.

La atracción de los cuerpos masculinos: el “armado”

Una de nuestras inquietudes era producir una descripción de las características de los cuerpos. El cuerpo de un rugbier debe ser un cuerpo con “músculos”, un cuerpo “como armado, tiene espalda grande”. No es meramente una cuestión estética, o mejor dicho es una estética producida y justificada en las características del juego: “más que nada porque si no se lastiman”. El riesgo de una lastimadura está presente; son frecuentes las lastimaduras, pero la musculatura minimiza esos riesgos. Aún así describen la lastimadura como algo obvio del rugby, es un “deporte de contacto”. El libro que escribió el periodista de CUBA Hugo Mackern sobre la

historia del rugby en CUBA desde 1921-1931 muestra cómo fue armándose en este club una práctica deportiva que, al momento de su fundación era practicada sólo por un pequeño número de jóvenes. Estos primeros años de producción del rugby como deporte emblema del club son relatados no sólo con el detalle de los nombres y apellidos de los socios de CUBA que jugaron en cada temporada, la cantidad de partidos jugados, etc. Además, en cada temporada aparece el detalle de cada uno de los jugadores que debieron dejar de jugar por una “lesión” la más de las veces producida en un partido de rugby que resultaban incapacitantes. Esos jugadores no volvían a jugar al rugby. Contacto, riesgo, lesión y musculatura son los sustantivos de estos cuerpos.

La construcción cultural que estos jóvenes realizan acerca de lo deseable y lo atractivo, los modos en que se conforman los noviazgos/parejas y los circuitos de socialización dispuestos para asegurar esos encuentros son elementos que se tornaron evidentes a lo largo del trabajo de campo. El gusto / atracción se constituyeron en dimensiones que aparecieron asociadas a la construcción del cuerpo, y al papel que juegan allí las prácticas deportivas usuales y persistentes que estos jóvenes realizan. Un llamativo y desconocido dispositivo se hizo presente en todos los discursos de nuestros entrevistados/as: el “tercer tiempo”. Al finalizar cada partido de “la primera” (división de cada club), en el club que juega de local por lo general, se realiza el tercer tiempo, una fiesta a donde concurren también las jóvenes mujeres. Circula, cada sábado por la noche, los “tercer tiempo” de la región, “al más divertido vamos” nos decía una joven. Allí se encuentran, se desean, se conocen, entablan relaciones, y se reproduce el “círculo social” donde los jóvenes armarán posiblemente sus parejas. Casi todas mis entrevistadas refieren como frecuente que los noviazgos se den al interior del Club. Cuando no es así, es porque se establecen con jóvenes de otros clubes cercanos, que conocen en el tercer tiempo, o a través de conocidos de otros clubes, movimientos religiosos católicos, universidades privadas, etc. En este sentido, no es la mera práctica deportiva la que produce las parejas, sino los circuitos de socialización que se generan entre los clubes que compiten entre sí y que se encuentran próximos geográficamente. Una joven nos contaba: “tiene más que ver el ámbito en que nos vemos en las fiestas del tercer tiempo”. El tercer tiempo, ese espacio de socialización y “camaradería” que surge luego de un enfrentamiento entre dos clubes rivales de rugby masculino es el espacio donde se conocen y se generan los noviazgos. En esos dispositivos sociales, avalados y apoyados por los mismos clubes se genera, legitima y produce el gusto y la atracción.

Al preguntarle por qué le gusta el cuerpo de un rugbier, una entrevistada nos contaba “es donde nos movemos, nuestra salida el fin de semana es el tercer tiempo, al más divertido vamos”.

Una joven universitaria de CUBA nos contaba esta explicación del deseo

obvio y también es un poco edípico, como que si tu papá juega al rugby y tiene cuerpo de rugbier es obvio que vos a buscar un poco eso en el pibe que te guste, mi papá es un fanático del rugby, un empedernido, tipo tiene cuarenta y siete años y sigue jugando pero no sé también tiene un poco eso, y también no sé que se yo, sé que cuando llegue el día de mañana qué se yo cuando yo estuve de novia el pibe no jugaba al rugby y era tipo ¡ay qué horror!

Es un requisito explícito, que aparece en cuanto expectativa paterna, que se replica y reproduce como desea subjetivo de su hija. La justificación psicológica de esta modalidad llama la atención. Es la misma joven que nos cuenta la teoría de su padre: “si un chico juega al rugby, estudia y trabaja no se droga”. Su hija se ríe de esta explicación, invierte las atribuciones y habla de su padre como de “un enfermo del rugby”. Según ella, su papá asocia en esa afirmación tiempo, salud, poder adquisitivo y responsabilidad.

Dos discursos: clase, jerarquías y la construcción de los otros

Los entrenamientos y/o partidos de las divisiones “infantiles” de URBA se disputan los sábados por la mañana. A lo largo de las semanas, asistí a dichos encuentros. Un día de entrenamiento, se me acerca el papá un joven de esa división. Pierre es francés, su hijo es argentino. Habla muy bien el castellano, pero cuando su hijo pasa cerca de nosotros le habla en francés -entiendo que le pregunta si está bien, ya que se cayó al entrenar una jugada-. Me pregunta qué estoy haciendo, y al contarle lo que estoy investigando me dice que su hermana en Francia hace lo mismo; me plantea si acá hay plata para investigar. Le devuelvo la pregunta y me dice que en Francia su hermana ya investigó y ahora está desempleada.

Así empieza la interacción de una entrevista que nos llevará cerca de media hora y que nos acerca una mirada sobre este grupo social. Pierre volvió a la Argentina hace 3 meses. Vivió en los '90 en nuestro país, pero, en el 2002 se fue “con De la Rúa”. Su diagnóstico sobre la Argentina es optimista: Pierre nos dice que estamos mejor, aunque no nos demos cuenta. El indicador son la situación social y las muertes “No hay tantas muertes como había en el 2002 donde se morían 2 por día y ahora bueno, no está bien, pero el otro día se murió uno en Lomas nomás.” Pierre observa, sin embargo, la persistencia de problemas. Desde hace unos meses hay una fuerte tensión política producida a raíz del llamado “conflicto con el campo”. Me llama la

atención su necesidad de contarme su visión sobre nuestro país, que en ningún momento requerí. En su discurso esta visión de la Argentina aparece directamente ligada a su dificultad en su integración social local. Me relata la dificultad que encuentra en socializar con argentinos, incluso con yernos y conuñados suyos, que ni siquiera lo invitan a practicar golf con ellos. Esto le molesta, así como la situación de su hijo. Pierre y su familia no viven en el CUBA-Villa de Mayo, sino en Capital, y no va a los colegios de la zona. Michel va al Liceo Francés. Por ello solo viene los sábados al CUBA para entrenar. No socializa más con los jóvenes de este club por la distancia, y porque no lo invitan, como tampoco lo invitan a Pierre. De alguna manera, está todavía excluido del circuito de socialización de cierta exclusividad informal propia de las familias del CUBA. Familiaridad, a su vez, que tiene como eje a los deportes: para llegar al Anexo de CUBA, un campo grande con más de 10 canchas de rugby -y una sola de fútbol- se puede atravesar el barrio, cuyo centro es una cancha de golf donde veo adultos practicando los sábados por la mañana. Esta familia francesa, todavía son un afuera para esta “comunidad”. La barrera social que encuentra en CUBA es incomprensible, va en contra de sus actitudes: “Yo si veo que llega alguien nuevo lo invito; yo juego un poco de golf y si alguien nuevo llega, aunque viva a 15 km le llamo y lo invito a jugar, aparte, te enterás si va jugar con este o aquel, pero aquí en Argentina no, eso que tengo 4 yernos, juegan al golf y vos crees que me llaman? No!”. Su carácter de extranjero es producido en cuanto tal por su familia política que pertenece a CUBA. En su discurso se produce la definición de un campo social acerca de la práctica deportiva y la clase social: “En Francia no es como acá que los deportes son de acuerdo al ingreso económico, sino que el sur de Francia, sobre todo el suroeste es una región de rugby mientras que más hacia el norte es una región de fútbol, a diferencia de acá donde, (la elección o realización del deporte está dada) por el nivel de una persona.” La “selectividad” o “distinción” del rugby en Argentina es una característica remarcada por este extranjero. Sin embargo, al ser inquiridos algunos padres o docentes sobre esta característica social y económica del rugby, las respuestas plantean diversos tonos que van del: “ahora no es tan así” a “hay clubes de rugby en las villas”. En este campo que Pierre define, aparece el motivo de la práctica de rugby de su hijo. Su intención es que Michel “conozca otra cosa”. Cuando le pregunto si le gusta el rugby: “Sí, bueno, en realidad al principio le tuve que insistir un poco yo, él es más futbolero, pero ahora ya sí. Pero yo prefiero que haga rugby”. El mismo campo objeto de una crítica es elegido por este padre para su joven hijo.

La trayectoria biográfica de Pierre está marcada más por el fútbol que por el rugby. Aún así el rugby tiene más “valores”: “en el fútbol un tipo se cae y hace toda una escena por eso, no es auténtico, acá en cambio nadie quiere ganarla por atrás, acá es todo más claro y más directo, (...) Acá se respeta al referí, no como en un partido de fútbol que le hacés lío por todo, acá cobre bien o mal se lo respeta y no se lo cuestiona, y hay un trabajo más de equipo”. “Acá depende del nivel social, aunque eso no está bien”. Su discurso, al hablar del rugby, de CUBA y de la Argentina, deriva al mismo tiempo en un relato biográfico sobre las jerarquías sociales.

Quando era joven me fui a trabajar a Londres, año 1984, a un hotel paquetísimo, bueno, paquete, yo cambiaba las sábanas de un piso, las sacaba y la mucama las armaba, era un trabajo divertido, estábamos ahí, jodíamos con el resto... y vinieron un grupo de Florida a alojarse ahí, y no podían creer que en Europa también había autos!! Como en EEUU. Porque ellos no ven ni estudian a nadie más que a ellos porque encima de ellos no hay nadie ((y me lo explica con las manos)). En cambio para nosotros (franceses) está Alemania, ahí, un poquito más arriba y miramos también a Inglaterra, por ahí a Italia.

Jerarquías nacionales, modos de ubicarse y diferencias encontradas en las posiciones sociales de quienes practican rugby en Argentina. La misma Argentina a donde su suegro, de 65 años y ex-alumno de una escuela pública, ya no podría volver a la misma, porque “hay muchos problemas, el nivel no es bueno”.

Ernesto es coaching y forma parte del equipo de entrenadores de CUBA. Antes que dedicarse a dar instrucciones, su rol tiene que ver con la organización y comunicación con las familias, los jóvenes, los entrenadores que forman parte de las divisiones infantiles. En la primera oportunidad en que concurrí a realizar observaciones al Anexo de CUBA, me observa con mucha atención. Finalmente se me acerca y, al presentarnos, me manifiesta su interés en lo que hago, porque él también se dedica “al comportamiento humano”. Observamos juntos un partido de rugby infantil de CUBA contra (el Club) Curupaytí. Es el tercer partido de esta división con los de “Curupa”, como le dicen, que ya ganó los dos anteriores. Observo con cierta sorpresa la contextura física y la apariencia de los jóvenes de este equipo en relación a los jóvenes del CUBA. Son dos tipos de cuerpos que Ernesto se encarga de caracterizar: [sobre los jóvenes de Curupaytí] “estos son más grandes, habría que ver el documento” me dice en un tono irónico y continúa “rinden un parcial el lunes” con el mismo tono. Ernesto observa y me relata lo “grandotes” que son los jugadores de Curupaytí, frente a lo cual tiene una explicación: “lo que pasa es que nuestros chicos [los jóvenes de CUBA] son hijos de madres que les dan productos light, son hijos light y los del Curupa son mas fortachones, seguro que se comen un guiso en la

semana”. Aquí la diferencia corporal es el tamaño y su causa es puesta en la alimentación. El guiso, comida popular coherente con Curupaytí, es la comida que produce ese tipo de cuerpos. Los jóvenes de CUBA –que aún no realizan un entrenamiento físico en un gimnasio por su edad– son flacos y lánguidos. Pierre me describía a su hijo: “es aquél zorete largo que está allá”.

La conversación con Ernesto continúa y me relata un partido anterior que sostuvo CUBA frente al Club Virreyes, club relativamente nuevo que funciona en una zona precarizada de Zona Norte. Me transmite su sorpresa por la calidad y la energía en el juego de rugby de estos jóvenes: “las pilas y energía que tenían, si hasta había un chico que tenía el velcro del botín roto, y jugaba lo mismo, descalzo, impresionante. Lo único que no había ningún padre, acá más o menos siempre hay algunos. No sé si porque no están [en relación a Virreyes] o porque están trabajando”. Su modo de ver la diferencia es conducida de la ropa a la familia. Juegan como sea, aunque estén solos, vaya a saber uno por qué motivo. Su sorpresa frente a la diferencia tiene una connotación “social”: “me llamó la atención que en la entrada del club, había unos carteles avisando de apoyo escolar ahí mismo para lengua y matemática, el club hace que los chicos de la villa estudien, y hay 3 que ya van a la universidad”. Evidentemente su interés por la escolaridad y concretamente la referencia al acceso a la universidad promovido por el Club de rugby “de la villa” es un marcador que muestra la “obra” que están haciendo los fundadores de ese club. Y la capacidad o la disposición perceptiva de Ernesto, como miembro de CUBA, de observar y marcar el acceso a la Universidad como logro vital, como capital valioso.

Algunas referencias históricas y conclusiones

Las últimas dos descripciones nos permiten posicionarnos en el marcador de clase. El texto de Mackern referido a los primeros tiempos del rugby de CUBA posiciona al mismo club como clase dirigente. El rugby es complemento de la vida universitaria, más concretamente, de la carrera universitaria y la profesión de los “hombres” de CUBA. No es la finalidad. La disciplina del entrenamiento, el carácter informal y el carisma del entrenador marcan la familia, el grupo, el espíritu de equipo como la finalidad del rugby masculino. Él congrega, reúne al cuerpo social específico. En sus relatos el Club tiene una posición ambigua sobre sí mismo en cuanto ubicación social. Por un lado, una mujer joven, socia adherente de CUBA entrevistada nos refería que la característica de CUBA-Villa de Mayo que a ella le gustaba era la “diversidad social”: “allí encontrás el que tiene mucha plata y el que no tiene tanto”. Mackern y otros textos de carácter

institucional relatan las dificultades económicas del Club para conseguir una cancha de rugby propia, para ampliar y consolidar las sedes, etc. Pero a su vez, sus socios se identifican como “más o menos pudientes” (Mackern, 1988, 57). Estos diversos modos de caracterizarse hacen a la unidad de este grupo social. Un grupo que, de partida, cuenta con un capital social y cultural específico: el acceso a la Universidad desde 1918 y la posibilidad de practicar deportes como complemento de dicha actividad -el “sólo estudiar” como declara el Acta Fundacional-. Pero a su vez desarrollan estrategias para posicionarse como un club de rugby, frente a un campo donde sólo existen pocos y distinguidos clubes (como GEBA o CASI, en la década del '20). Es decir, movilizan sus recursos para posicionarse en un campo donde pertenecen sólo algunos. Y allí, siempre con tensión interna, que resuena hasta el día de hoy, sostienen el amateurismo porque el rugby masculino debe ser complemento y no fin de la vida de un hombre. Toda esta diversidad de discursos a su vez, son sostenidos bajo la égida de la “unidad espiritual” del grupo.

Al hacer mención de ese grupo campeón el autor hace notar que es muy importante que haya ganado el primer campeonato para el Club, pero más importante es la destacada actuación que han tenido muchos de ellos, que detalla, en distintos órdenes de la vida del país, y, dirigiéndose a los jóvenes, expresa que ese equipo del Club es una demostración vívida de que el rugby no es y no puede ni debe ser nunca, una finalidad en la vida de un hombre”. (Prólogo de Adolfo Mendez Tronze, al libro de Hugo Mackern, 1988)

Los otros son producidos a través de la distancia social: un inmigrante francés debe pagar el costo de ser integrado, junto a su hijo. Para ello, conscientemente decide incorporarse aún con estas pautas de ingreso. Identifica la distinción y la “clase” que caracterizan al rugby en Argentina. Produce un discurso sobre las jerarquías. Y recorre una distancia –no meramente geográfica- para ser de CUBA. Los otros, asociados al guiso, corren el riesgo de transgredir la norma (pueden ser mayores en edad que lo permitido). La duda es dispuesta sobre los cuerpos diferentes. Mientras otros cuerpos, los gorditos, son movilizados al interior del cuerpo social de *este* grupo. Son necesarios para el equipo de rugby, pero deben ser *enseñados, marcados* acerca de su diferencia.

Las mujeres incorporan igualmente la diferencia de género, la aprenden, la repiten, las confunde. “Existe una correspondencia entre las estructuras sociales y las estructuras mentales, entre las divisiones objetivas del mundo social -particularmente en dominantes y dominados en los diversos campos- y los principios de visión y división que los agentes les aplican” (Bourdieu y Wacquant; 2005:38). Las normas producen jerarquías, legitiman dicotomías, y esto aparece

claro en el sostenimiento del criterio masculino de pertenencia, que se produce legal y espacialmente. Utilidad o productividad del lenguaje jurídico-profesional que tiñe todo CUBA y que se combina extrañamente con la familiaridad y la “camaradería” destacada como valor del rugby. El discurso de la unión/unidad va de la mano con el de la separación y jerarquización, o como decía nuestra joven entrevistada, la *dicotomía*. Las modalidades en que se posicionan y construyen sus identidades de género se sostienen en virtud de un contexto, prácticas y representaciones que trazan determinadas expectativas y hablan acerca de la reproducción social de la clase. Lo femenino es adherente. Lo masculino es identidad y pertenencia, es sociedad, es consocio del Club. El espacio social de los cuerpos es jerárquicamente masculino. El dolor y la lesión van juntos al contacto, a la movilización educada, disciplinada de los contactos corporales. Dos individuos se encuentran: deben saber cómo hacerlo para no dañarse. Deben aprender cómo avanzar juntos. El oponente es transitorio: el tercer tiempo “forja” la camaradería, la gran familia del rugby que se reproducirá por los gustos, las noviazgos y matrimonios que se producirán en el mismo círculo social. Espacio, norma y contacto demarcan el terreno de estos cuerpos jóvenes masculinizados y energizados por el rugby. Son cuerpos distinguidos y diferenciados: no son de fútbol, son cuerpos que respetan la norma, aguerridos y magullados, en contacto con otros, disciplinados, capaces de gestionar la fuerza y “valientes” para tolerar las lesiones. Son cuerpos argentinos con clase, según la mirada de Pierre, el extranjero aún no integrado. Cuerpos jerarquizados.

Todos los movimientos, las enseñanzas y las indicaciones muestran un moverse en equipo y la camaradería es algo más que un discurso invocado para justificar o moralizar una práctica deportiva. Es leído en la misma táctica y dinámica del juego. El mismo implica un empujar en grupo, sostener y proteger una individualidad que avanza, y a su vez manifiesta una sanción de la individualidad, una clara moral que le permite diferenciarse del fútbol, hacer un culto de la obediencia y el respeto a la norma –masculina-. La misma norma que “permite” el fútbol femenino informal al interior de CUBA-Villa de Mayo: la diversión de las mujeres.

Cabe remarcar que la mayoría de las voces invocadas aquí son de jóvenes mujeres. Acceder al joven masculino hegemónico de CUBA y de este “círculo social” –como dicen varias de mis entrevistadas” por la mirada de las jóvenes resulta heurísticamente productivo porque muestra un juego de oposiciones acerca de lo normativo, cómo es vivido e incorporado. José Machado Pais dice que las normas presentes de modo implícitos en las conductas sociales,

incluyendo los actos del habla, se transmiten de una manera poco sistemática, sino más bien en un “juego complejo de elementos que se compensan, corrigen o hasta se anulan, permitiendo así compromisos, escapatorias o aceptaciones irónicas” (2003:124). A este respecto, remarcamos finalmente que la respuesta de nuestras entrevistadas al consultarles si el Club aprobaba o no su práctica de fútbol femenino era un elevación de hombros y una cara de extrañeza: no es necesario, no importa. Sí importa divertirse y continuar con los valores del deporte. Un deporte moralizado y divertido.

Bibliografía

- Berger, Peter y Luckmann, Thomas. (2008) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant Loic (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (2008). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires. Siglo XXI
- Cano, Daniel Jorge (1982). *Ideas en torno a la evolución histórica de la universidad argentina*. Lateinamerika Studien n° 9. Munchen. Universität Erlangen-Nuremberg
- Foucault, Michel (1987) *Vigilar y castigar (nacimiento de la prisión)*. México, Siglo XXI.
- (1995) *Historia de la Sexualidad*. Mexico. Siglo XXI.
- (1990) *Tecnologías del yo*. Barcelona. Paidós
- Fuentes, Sebastián (2010a). “Movimientos estudiantiles y Clubes universitarios: dos lógicas en disputa en la Reforma de 1918”. En *Actas digitales: III Jornadas de Estudio y Reflexión sobre el Movimiento Estudiantil Argentino y Latinoamericano*. La Plata: UNLP-FHCE.
- (2010b) “Jóvenes católicas: posicionamientos, circuitos y matices en sectores medios-altos”. *Actas digitales II Reunión de Investigadores en Juventudes de Argentina*. Salta. UNSA.
- Geertz, Clifford (1987) [1973]. *La interpretación de las culturas*. Barcelona. Gedisa.
- Machado Pais, José (2003). *Vida cotidiana. Enigmas e revelacoes*. Sao Paulo. Cortez
- Mackern, Hugo (1988). *Historia del rugby del Club Universitario de Buenos Aires 1921-1931 s/d*
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (1998) “La construcción social de la condición de Juventud” en Margulis, Mario (dir.) *Viviendo a toda*”. *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá. Siglo del Hombre Editores.
- Mead, Margaret (1972) *Macho y Hembra. Estudio de los sexos en un mundo de transición*. Buenos Aires. Editorial Tiempo Nuevo